

De los crepúsculos

Matias Blanc

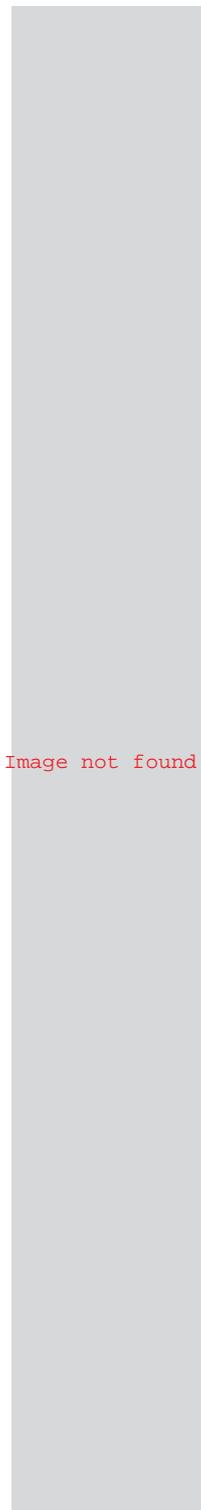


Image not found.

Capítulo 1

DE LOS CREPÚSCULOS

Ha llorado. Ha vuelto a callar. Mira de vez en vez por la ventana intentando entender qué es lo que se oculta del otro lado de los rostros, del otro lado de las palabras. Nada puede decir. Está cansado de soportar el peso de cosas que no comprende, está cansado de ser arcilla vacía para los otros. El inesperado castigo de los recuerdos lo desgarran y lo anonada; él sabe que ya no volverá a ser digno del abrigo de los acordes, él sabe que le será imposible tornar a confiar en la gota de agua que duerme sobre el pétalo de la cala, él sabe que volver a acariciar los árboles resultará en vano. Ya todo se ha ido. Sólo le han dejado la ausencia. Su única posesión es la carencia. Piensa que la esperanza en el porvenir es la resignación del pasado, piensa que lo que alguna vez tuvo y perdió fue necesario para comprender que no hay nada que no sea del tiempo; piensa que en lo profundo su vida no es más suya que de los otros, y eso agrieta los jardines de su razón. Eso lo confunde. Escucha las músicas y ya no es lo mismo; camina por las calles, pero sólo lo hace su carne; observa a los otros, y sólo alcanza a ver los agónicos despojos que deja tras de sí la distancia. Y así se agotan los días. Veintitrés años ha que sucede esto.

Pero a pesar de todo, a pesar de la traición del universo, en las noches profundas y solas, antes de buscar el sueño, juega a imaginar que es como los demás; juega con la ceniza de su esperanza, piensa que quizá algún día se librará de la condena de ser lo que es, y sin advertirlo se deja llevar por el piadoso río del sueño y se duerme, misteriosa y plácidamente, como los niños, y como los animales.

...Y Dios, que lo contempla, tiembla de dolor en su omnipotencia. Y le ofrece la mañana; le ofrece un destino y un hijo, y deja, otra vez, un hilo en su mano.

